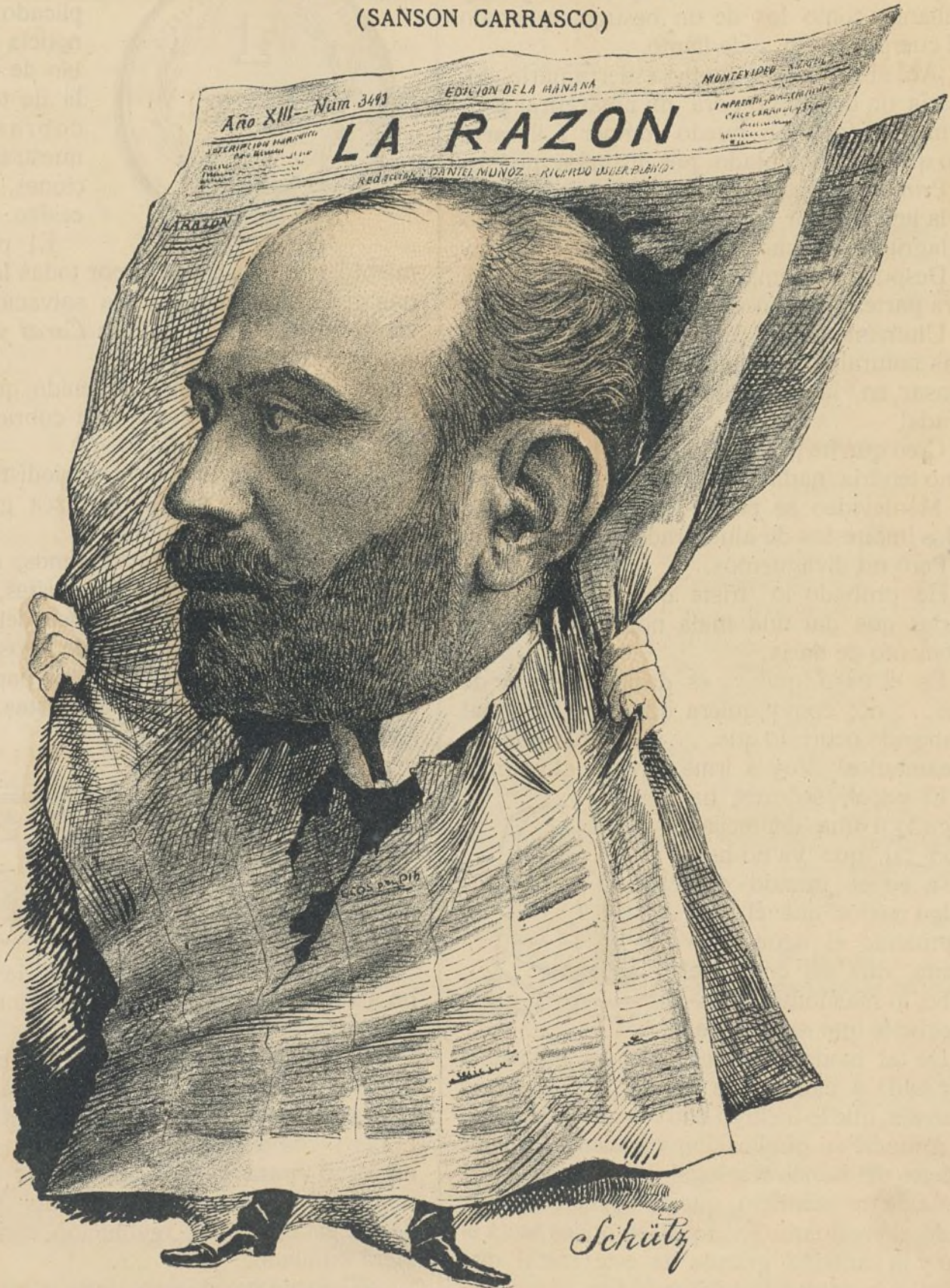




CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

DANIEL MUÑOZ

(SANSON CARRASCO)



Lector: diría  
de buena gana,  
que es de las plumas  
la mas galana,  
y la que escribe,  
formal y en broma,  
lo mas castizo  
de nuestro idioma,

y de la prensa  
la que mas brilla  
aquende el rio  
y en la otra orilla,  
y que es el alma  
de su diario,  
y un *pelotaris*  
extraordinario,

y otras mil cosas  
muy importantes  
que dán á este hombre  
notas brillantes;  
pero es persona  
bastante amiga....  
y está muy feo  
que yó lo diga.

PRECIOS  
DE  
SUSCRICION

MONTEVIDEO Y DEPARTAMENTOS	
Un mes . . . . .	\$ 1.00
Ses meses . . . . .	5.00
Un año . . . . .	9.00

EXTERIOR  
Los mismos precios, en moneda equivalente, con el aumento del franqueo.  
Número corriente, 30 centésimos  
atrasado, 60

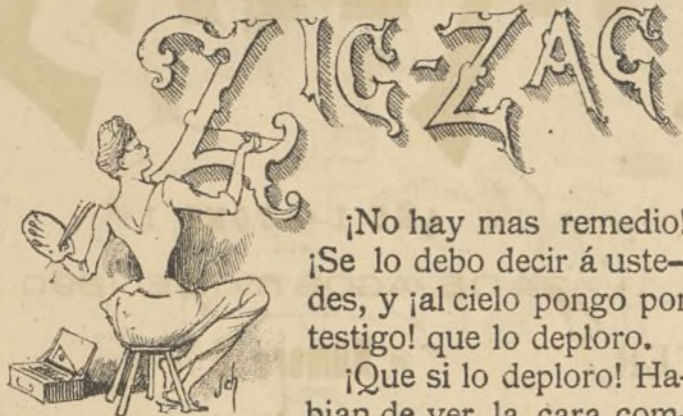
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

IMP. LIT. LA RAZON CALLE CERRO N.º 93.97

## SUMARIO

TEXTO—«Zig-Zag», por Eustaquio Pellicer—«Por seguir á un galgo», (Capítulo II), por Samuel Blixen—«Inventario», por John Bull—«El escritor cómico», por M. M.—«Un ruego», por A. Reyes—«Imprevisión», por R. Bueno—«Teatros», por Colibin—«Cuéntalo», por D. Duque—«Para ellas», por la Redacción—Menudencias—Correspondencia particular—Espectáculos—Avisos.

GRABADOS—Daniel Muñoz (Sanson Carrasco)—El servicio telefónico—La huelga de los cocheros—Y varios, intercalados en el texto y avisos, por Schütz.



¡No hay mas remedio!  
¡Se lo debo decir á ustedes, y ¡al cielo pongo por testigo! que lo deploro.  
¡Que si lo deploro! Habian de ver la cara compungida que tengo desde que me puse enfrente de las cuartillas!

Siento que la boca se me rasga por la comisura, que la nariz se me aplasta enormemente por la punta, que los ojos se me ponen pequeños como los de un queso *Gruyere* y brillantes como los de un besugo, que todo mi cuerpo, en fin, pide llanto.

¡Ah! si al menos pudiera derramarle, lograría un desahogo para mi amargura; pero lo malo es que no puedo romper á llorar y eso que lo he intentado por distintos medios.

Primero adopté los violentos y me introduje la lapicera por aquí. (Me estoy señalando el lagrimal derecho).

Despues me empecé á pellizcar en esta otra parte. (Apunto al párpado izquierdo).

Ultimamente me decidí por la provocacion mas natural, que es la del dolor, y me puse á pensar en la probable renuncia de Berro. ¡Nada!

Creo que he perdido ya hasta las lágrimas y no tendria nada de particular, porque hoy en Montevideo se pierde todo, menos el odio á los impuestos de alumbrado y salubridad.

Pero no divaguemos.

He probado lo triste que estoy por tenerles que dar una mala noticia y llega el momento de darla.

Es el caso que... es decir, en vista de que... nó; como quiera que... ¡Caramba! Habiendo ocurrido que... ¡Al diablo con los preámbulos! Voy á irme derecho al asunto.

El papel, señores, ha llegado á una depreciacion tal, que ya no hay cosa en el mundo que valga menos que él, exceptuando el agua corriente, que es, como se sabe, lo mas inútil y despreciable que se conoce.

De tal modo desvalorizado, es imposible dar nada á cambio de él, así sea *Caras y Caretas*, que lo incluyo entre lo que vale poco.

Anuncié su publicacion ofreciendo recibir billetes del Banco Nacional en pago de él, á costa de un sacrificio, que no se me ocultaba, dado el precio que en aquel entonces tenia el oro y la cantidad grande de este metal que costaba la confeccion del periódico.

Me resignaba á cubrir gastos solamente; pero, de ahí, á poner dinero encima, hay la gran diferencia de no tener ese dinero, ni para ponerle encima, ni debajo, ni á los costados.

El cobro á papel que hicimos de la segunda quincena de Julio, nos ha demostrado que con la circulacion del *Times* de Lóndres, no alcanzaríamos todavía á sufragar los gastos de alimentacion, aunque tomáramos un abono con el contratista que dá de comer á

los guardias civiles, cobrando treinta centésimos diarios por cabeza.

¡Calculen ustedes, como ha de vivir un periódico que, como el nuestro, tira medio millon de ejemplares menos que el *Times*!

Quizá pudiéramos costear la impresion; pero, faltos de jugo gástrico, por no alcanzar la plata más que para aquella, se nos embotarian las ideas y no hablaríamos mas que de panecillos, de *consomé* y de arroz á la milanesa, en nuestros artículos.

Lo cual que seria muy aburrido para los lectores y se nos borrarían.

Ahora mismo, de seguro que no encontrarán chistoso nada de lo que aquí decimos, y es por que con tanta desgracia es difícilísimo encontrar una sin *des*.

Trata uno de ponerse un rato de buen humor, desparrama la vista por el cuarto en busca de una genialidad, se fija un poco en las paredes y el techo, viene á la memoria que aquellos muros tienen dos ó tres recibos pendientes de cobro y ¡al diantre con el buen humor! Ya no se piensa mas que en la muerte ó en hacer moneda falsa.



Con todo lo dicho queda explicado que la noticia que debía de darles, es la de tener que cobrar á oro nuestras suscripciones, en lo sucesivo.

El procedimiento está ya adoptado por todas las personas que estiman en algo la salvacion de sus semejantes, y las que leen *Caras y Caretas* me merecen ese concepto.

El Gobierno mismo, ha tenido que adoptar, despues de ofrecer que cobraría todos sus impuestos á papel.

—¡Eso sí! Haremos lo periodísticamente posible para que no les parezca grande el desembolso.

Los dibujos serán preciosísimos, como los que se cobran en plata, y los chistes, agudos, como los que inspira la presencia del oro.

Sin haber cobrado el mes de Agosto y solo de pensar que no lo haremos ya á papel, parece que nos sentimos mas humoristas.

¿Será aprension?



El asunto mas importante de la semana, ha sido, sin duda alguna, la remocion de jefes militares.

La creencia general es que el Gobierno ha tomado esa medida en prevision de un movimiento revolucionario que barruntaba.

Pero como estas noticias son siempre un cebo para las imaginaciones calenturientas, andan por ahí muchas personas dando detalles de la revolucion, como si hubiera estallado.

—Créame usted—me decia ayer don Rufino—que el motin se produjo; lo sé por un amigo muy serio que tiene un pariente militar, el cual pariente dicen que olía á pólvora la otra noche, al punto de no poderse estar á su lado.

—¿Pero, por eso se ha de creer que...?

—¡Claro que nó! Si fuera eso solo, lo hubiera tomado por un detalle de simple olfato; pero, aun me falta decirle que el citado militar, además de oler como un cohete quemado,

entró en su casa con los ojos fuera de las órbitas y lo primero que hizo fué decir á su mujer—Mira, Leandra, sácame los botines de elásticos, porque no quiero morirme sin estrenarlos.—Despues, se puso á arreglar papeles en su mesa de escritorio y dicen que los ordenó, haciendo un paquete de todo lo que pertenecía á su foja de servicios y otro paquete de los documentos agenos á la milicia, como pagarés, requerimientos del casero, papeletas de empeño, etc., etc.

—Francamente, no veo....

—Espere V. hombre, no sea impaciente. Cuando hubo terminado esa tarea, salió precipitadamente de su casa, siempre con los ojos, como le dije que les tenía al entrar, y se dirigió al cuartel. A los pocos minutos volvió á salir y se metió en un café de mala apariencia, donde pidió una copa de ginebra con soda, que por más señas, quedó en pagar al otro dia.

Luego salió de nuevo á la calle y conversó misteriosamente con uno que se sabe estuvo al servicio del General Campos, ese que se puso al frente de la revolucion en Buenos Aires. Despues, volvió á entrar en el cuartel, donde estuvo hasta las tres y quince minutos de la madrugada, hora en que le abandonó otra vez acompañado de un sargento, alto él y con una cicatriz que le dividía el lábio de la parte de arriba. Tomaron por la Plaza Artola y siguieron por 18 de Julio hasta llegar á la esquina de Convención, donde se detuvieron. El sargento se fué hácia el recobeco que forma la valla de una casa en construcción y allí se estuvo algunos momentos mirando muy de cerca á la pared, lo que impidió que se viese lo que hacia; despues, encendió un cigarro y se incorporó á su acompañante.

—¿Pero quién, diablo, seguía tan de cerca los pasos de ese hombre?

—Pues le diré á V.; el militar de que le hablo, tiene un sastre que no le deja ni á sol ni á sombra, por hacer efectiva una cuenta que tiene contra él y, precisamente esa noche, se había propuesto no acostarse sin dar con el momento más oportuno para cobrársela ó darle una paliza.

—¡Qué sastre de resolucion!

—Permítame que continúe. En cuanto el sargento se hubo incorporado al oficial, como le dije, tiraron....

—¡Como! ¿Empezaron á tirar ya?

—No, hombre, tiraron por la Plaza Independencia, y una vez en ella, dieron dos ó tres vueltas por la vereda en que solian estacionarse los cocheros antes de declararse en huelga.

Hacia un frio intenso y el oficial llevaba el rostro oculto en el embozo de la capa. Sin embargo, por la manera de embozarse, se conocia que su espíritu estaba agitado y que algo infernal se fraguaba en su cerebro.

—¡Conocer es!

—De pronto, abandonaron á paso ligero la Plaza y se metieron por la calle de Andes.

—¡No *ande* V. mas, por Dios! Estoy fatigado como si fuera el sastre que seguía al oficial.

Y abandoné á don] Rufino, sin atreverme á conocer hasta el fin la historia de la revolucion que, segun él, ha sofocado el Gobierno.

Podría citar muchos que me han explicado del mismo modo que don Rufino los últimos nombramientos de Jefes de Cuerpo y la renuncia del Ministro de la Guerra. Pero de todas las versiones que he recogido, la que me parece mas verosímil es esta, que oí á un empleado público.

—El acuartelamiento no fué dispuesto por el Gobierno ni por nadie. Fué convenio espontáneo que hicieron los mismos

soldados, en vista de la depreciación grandísima del papel. ¿Qué querían ustedes que hicieran en la calle esos infelices, sin un cobre en el bolsillo?

Y tenían mucha razón.

En la crisis actual, el acuartelamiento de militares y paisanos se impone.

Esto, tratándose solo de querer eludir la ocasión de gastar dinero, que si se trata de precaverse contra los acreedores, además del acuartelamiento, tendremos que adoptar el atrincheramiento!

Para cuando llegue ese caso, les recomiendo que no usen de contemplaciones.

¡Fuego contra ellos y nada de armisticios!

El deudor valiente debe morir al pié del vale.

EUSTAQUIO PELLICER



(CONTINUACION)

CAPÍTULO II

Del cual resulta que el hombre misterioso no era tal hombre, sino mujer, y que el galgo no era tal galgo, sino galga.

Acababan de dar las doce de la noche en la Matriz.

La última campanada moría lúgubramente en el espacio, en una nota fatídica y quejumbrosa.

Era la hora de los espectros y de las visiones; la hora temida por las conciencias malas y las imaginaciones enfermas; la hora que aprovechan los muertos, según la creencia popular, para salir de sus sepulcros.

Las calles de la ciudad estaban desiertas.

Solo el diablo hubiera podido desafiar el violento huracán que en aquellos momentos se desencadenaba.

El viento rugía como un hombre tostado á fuego lento, ó bien, cambiando de tono, parecía reír con la risa sarcástica que debe tener Satanás cuando se apodera de un alma manchada por el pecado!

Los escasos vigilantes trataban de dormir acurrucados en los huecos de las puertas mas hospitalarias.



A esa hora, y cuando mayor intensidad alcanzaba el huracán, un hombre, misteriosamente envuelto en un poncho, se deslizaba sigilosamente, pegado á las paredes y como huyendo de los faroles de gas, por la calle del Durazno.

Dobló por la de Rio Negro hacia el Sur, entró en la de Isla de Flores, oscura

como boca de lobo á esas horas, y allí aceleró el paso echando á correr.

A poco, dobló de nuevo hacia el mar, y en breve se encontró en el límite de la población, junto á las primeras rocas de la playa, contra las cuales se rompían en ese momento, con ronco fragor, las olas gigantescas impelidas por la tempestad.

El emponchado se detuvo otra vez.

Echó una mirada recelosa á su alrededor.

Tranquilizado al notarse completamente solo, se dirigió rápidamente á un casucho de mal aspecto que avanzaba sus muros sobre el mar.



Al llegar á la puerta, dió tres silbidos que dominaron el rumor de las olas y del viento. Esperó breves instantes.

Una luz se dejó ver á través de las endijas, y una voz cascada preguntó desde adentro:

—¿Quién va?

El hombre misterioso puso los labios junto al agujero de la cerradura, y contestó:

—El galgo.

Abrióse la puerta en silencio. El hombre entró, sin contestar al gruñido que á modo de saludo, le dirigió una vieja harapienta y desdentada, después de arrimarle al rostro la luz vacilante de una vela de sebo.

El desconocido subió de dos en dos los peldaños de una estrecha y empinada escalera, que gimió sordamente bajo sus pasos.

Empujó una puerta y se encontró en un tugurio miserable, apenas alumbrado por un candil de aceite.

Por las mal seguras ventanas, y por las grietas de los muros que amenazaban ruina, entraba el viento húmedo y frío del mar.

En el cuarto no había otro mueblaje que una mesa coja, dos sillas desvencijadas y un miserable jergon en el suelo.

Sobre la mesa, una botella, un vaso y el candil. Sobre el jergon, una masa informe, algo así como una bertia hirsuta y repelente.

Sin embargo... era un hombre.

Un hombre que se irguió violentamente al entrar el recién venido, mostrando una faz lívida y unos ojos cruces y traidores.

—¡Truenos y bombas!—exclamó con voz aguardentosa y acento amenazador.—¿Quién anda ahí?

El recién llegado se acercó á la luz, y se dejó ver de cuerpo entero, desembozándose con un gesto rápido.

El hombre del jergon se estremeció visiblemente.

—¡Aurora!—dijo con voz sorda, y se dejó caer de nuevo, pálido y desencajado, sobre su lecho miserable.

Al oír ese nombre de mujer, el recién llegado sonrió desdeñosamente, y arrojando sobre la mesa su sombrero de fieltro, dejó caer en libertad su abundante cabellera negra, y con un arrogante movimiento de cabeza, la arrojó sobre sus espaldas.

Era, en efecto, una mujer, pero una mujer de esas que solo puede imaginar la fantasía calenturienta de los musulmanes, al soñar con las huiris que el Profeta les ha prometido; una mujer bellísima, soberbia, incitante, provocadora; tal como debió ser Eva cuando indujo á Adán á cometer el primer pecado.



El traje de hombre velaba con demasiada imperfección las audaces curvas de su busto, y el ademán enérgico y resuelto no desvirtuaba la belleza singular de un cutis albo como la nieve, de unos ojos negros como el sufrimiento, y de unos labios rojos como una granada madura.

El hombre del jergón, contemplaba á Aurora—(que así la llamaremos puesto que sabemos su nombre)—con expresión de profundo terror pintado en el rostro. De rato en rato, se estremecía de piés á cabeza, como si fuera presa de la fiebre.

Palabras ininteligibles salían de sus labios.

Sus ojos parecían querer saltar de las órbitas.

Por fin rompió el silencio.

—¿Y Andrés?—se atrevió á preguntar el miserable.

—Tu hermano ha muerto—contestó friamente Aurora, dirigiéndole una mirada fría como un puñal, que lo traspasó de parte á parte.

Ha muerto á mis manos.

Lo que no tuviste el valor de hacer, tú, que eres hombre, lo he realizado yo, pobre y débil mujer.

¡Por fin, me he vengado!

Una carcajada nerviosa, siguió á estas siniestras palabras.

El hombre del jergon se levantó pesadamente y se acercó á Aurora, con una expresión de ferocidad en la mirada.

—¡Rayos y bombas! ¿Es cierto lo que dices?

—Tan cierto como que estoy aquí.

—¿Estás bien segura de que ha muerto?

—Pregúntalo á este puñal enrojecido con su sangre!

Y diciendo esto, Aurora sacó un cuchillo, delgado y elegante como un estileto y lo arrojó sobre la mesa.

Un rayo de alegría brilló en la siniestra mirada del hombre.

—¡Por los cuernos de Lucifer!—esclamó—¿Te has apoderado entonces de los papeles?

—Bastante me ha costado encontrarlos, pero al fin di con ellos.

Aquí los tengo.

—¡Truenos y centellas!... ¿Quiere decir que ya somos ricos?

Una nueva y casi imperceptible sonrisa de desprecio asomó á los labios de Aurora.

—¡Miserable y cobarde!—murmuró en voz baja.

El hombre, cada vez de mejor humor, sentóse junto

á la mesa, escanciose un vaso de vino, y después de apurarlo de un solo trago, reanudó el diálogo en tono jocoso.



—¡Por las tripas del mismo Satanás!... ¡Ha sido un buen golpe!... ¿Y los detalles?

Aurora tomó asiento á su vez.

Fijó en el hombre su mirada intensa y fascinadora. Luego, comenzó el relato con su dulce voz que parecía una melodía de ángeles.

—La cosa no ha ofrecido dificultades.

La puerta del conventillo queda abierta durante toda la noche.

Entré en el cuarto de Andrés cuando supuse á éste dormido, gracias á la llave que me facilitaste.

Una vez dentro del cuarto, cerré la puerta y eché la llave, sin producir ruido alguno.

Me detuve á escuchar, conteniendo la respiración.

Espesas tinieblas me rodeaban.

Por el silencio que reinaba comprendí que Andrés seguía durmiendo.

Acerquéme entonces á la cama.

Saqué el cuchillo y calculé friamente donde debía herir.

Después...

Se oyó un grito ahogado...

Andrés tenía mi puñal clavado en la garganta!

Quiso gritar otra vez...

Lo amordacé, y en seguida, para asegurarme, herí de nuevo.

—¡Por la cola de Belcebú!—exclamó el hombre,—te admiro y te respeto!

—Continúa.

Encendí luz, cuando estuve segura de la muerte de Andrés, y comencé á buscar los papeles, pero sin éxito al principio.

Todo lo revolví, todo lo examiné escrupulosamente, pero, en vano.

Por fin, revisando el piso, llamó mi atención una baldosa de diferente color que las demás.

Fácil me fué desprenderla del suelo, y vi que tapaba un hueco como de un pié cuadrado.

Sentí un estremecimiento de inmensa alegría.

Allí estaban los papeles!

Los saqué, puse de nuevo la baldosa en su lugar y apagué la luz.

Eché entonces el cerrojo á la puerta, con el objeto de hacer creer que Andrés se había suicidado, y me preparé á saltar por un ventanillo que daba al patio.

Examiné si corría bien el pasador que lo aseguraba y vi que así era.

Pasé enseguida un bramante alrededor del botón del pasador, y salté.

Una vez en el patio, cerré el ventanillo, conservando en la mano las dos extremidades del bramante.

Me bastó un tirón en seco, para que el pasador se corriera, asegurando por dentro la ventana.

Solté entonces una de las puntas del hilo, tiré de la otra, y lo saqué sin dificultad.

—¡Por las pezuñas de Luzbel! ¡Vibras y escorpiones! ¡Eso es admirable! ¿No ha quedado entonces rastro alguno?

—Si, quedó uno, que desbarata todas mis precauciones.

¡En la precipitación por salir del cuarto, me olvidé de desatar el pañuelo negro que habia puesto como mordaza á Andrés!

La suposición de suicidio, es ya inadmisibile.

—¡Voto á cien mil legiones de condenados! ¡Tienes razón!

—Hay algo más grave todavía.

Mi galguita, Luz, se escapó de aquí cuando yo salía.

Me ha seguido durante toda la noche.

Quise ahuyentarla, pero vanos fueron mis esfuerzos.

Hube de resignarme á su compañía.

¿No habrá llamado la atención de los vigilantes, un hombre acompañado de un galgo á altas horas de la noche?

—¡Fuego y condenación!—exclamó el hermano de don Andrés, con expresión de rabia en el acento, y dando un puñetazo sobre la mesa, que derribó la botella y el vaso.

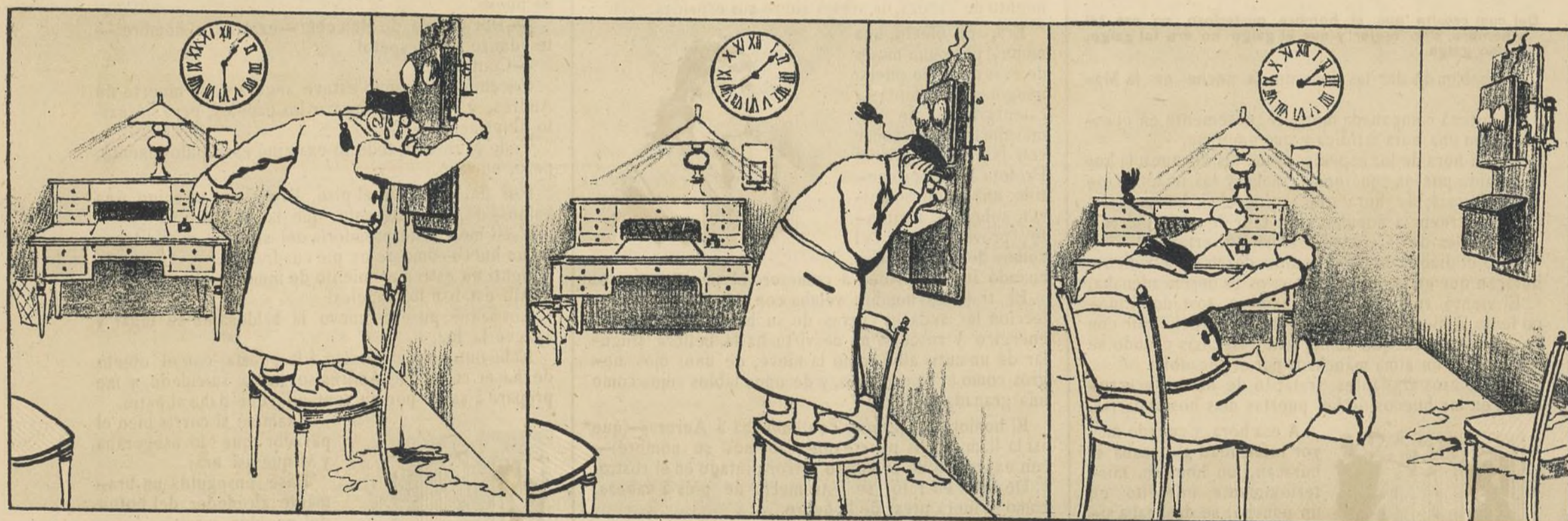
# EL SERVICIO TELEFÓNICO



La otra noche se enfermó la esposa de don Lino Mateamargo, al extremo de necesitar con urgencia el auxilio de su médico.

Su esposo, en un momento de ofuscación, sin duda, pensó que el medio más rápido de llamar al doctor sería el teléfono.

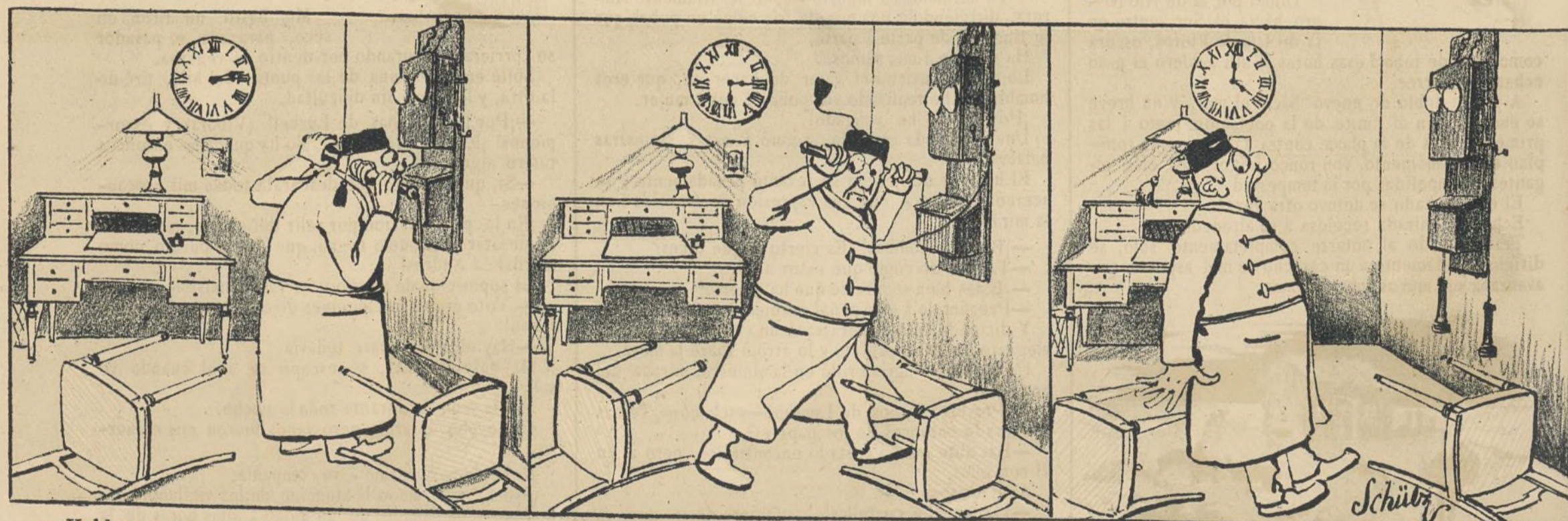
Y se fué en dirección al aparato, á cuyo manubrio se agarró, haciéndole girar velozmente.



A la hora y media de llamar, don Lino sudaba la gota gorda y la flaca.

Hasta que, al fin, le contestaron y pidió que le comunicasen con el doctor De Leon.

Después de otra hora y media, que don Lino pasó sentado por que le flaqueaban las piernas de tanto esperar á que sonase el timbre, sonó éste.



—¡Hablo con la casa del señor De Leon?— preguntó don Lino.  
—Sí, señor—le respondieron.

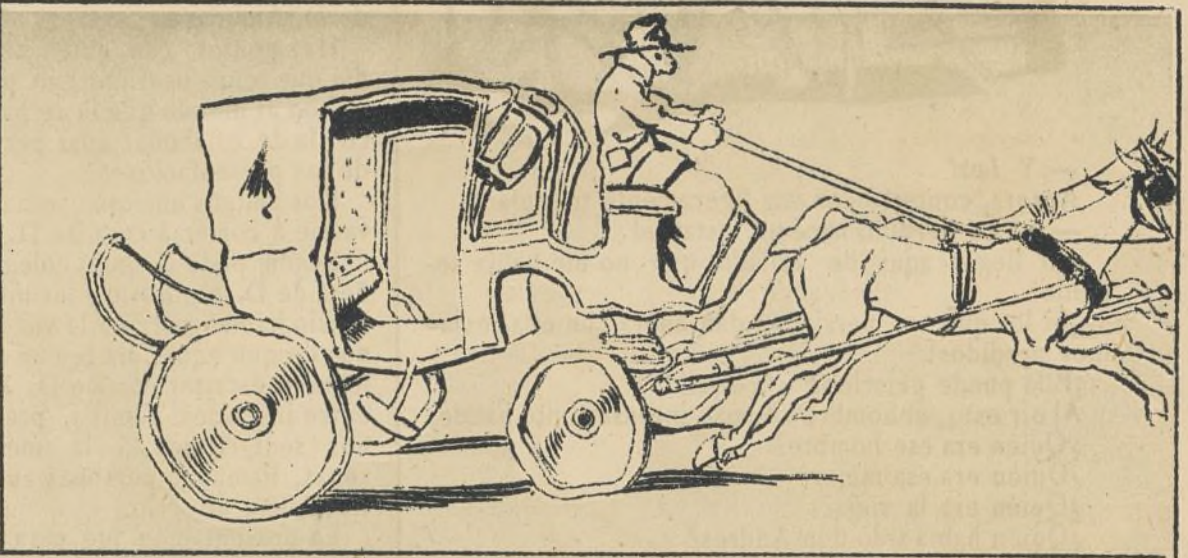
—Pues dígame que venga inmediatamente á ver á mi señora, que está otra vez con los pinchazos en el hígado.  
—¡Pero V. sabe con quién está hablando?

—Con la casa de De Leon ¿no es esa?  
—Sí señor; pero este De Leon es el Ex-Ministro de la Guerra.

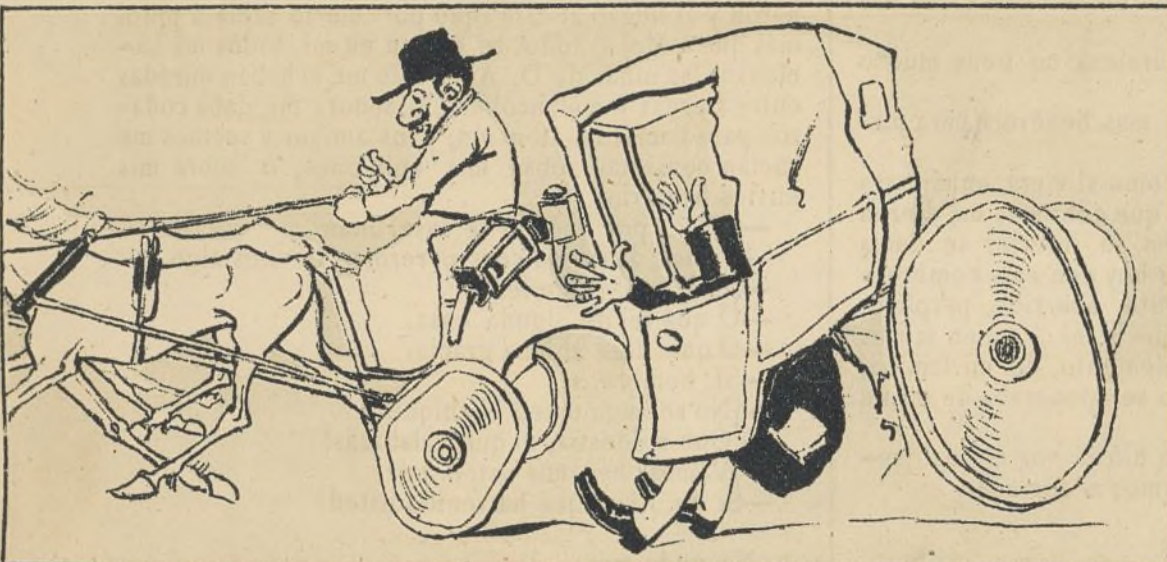
# LA HUELGA DE LOS COCHEROS



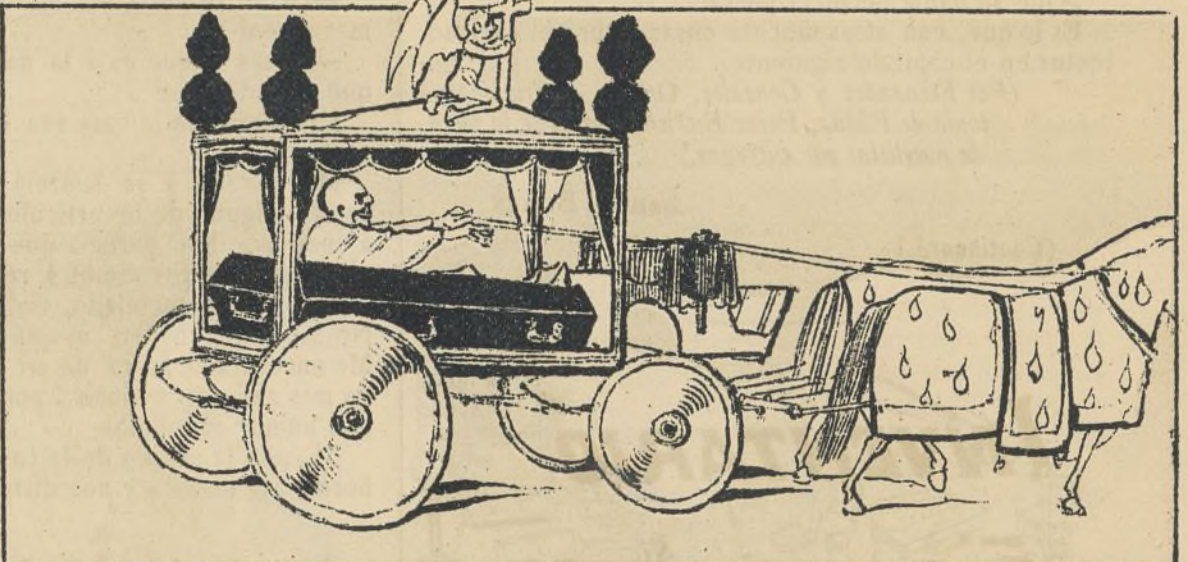
El día que se puso en vigencia la tarifa para los coches de plaza, se declararon en huelga los cocheros.



Solo se vieron por las calles algunos coches desvencijados, y con balcones, en lugar de ventanillas, pues les faltaban las portezuelas.



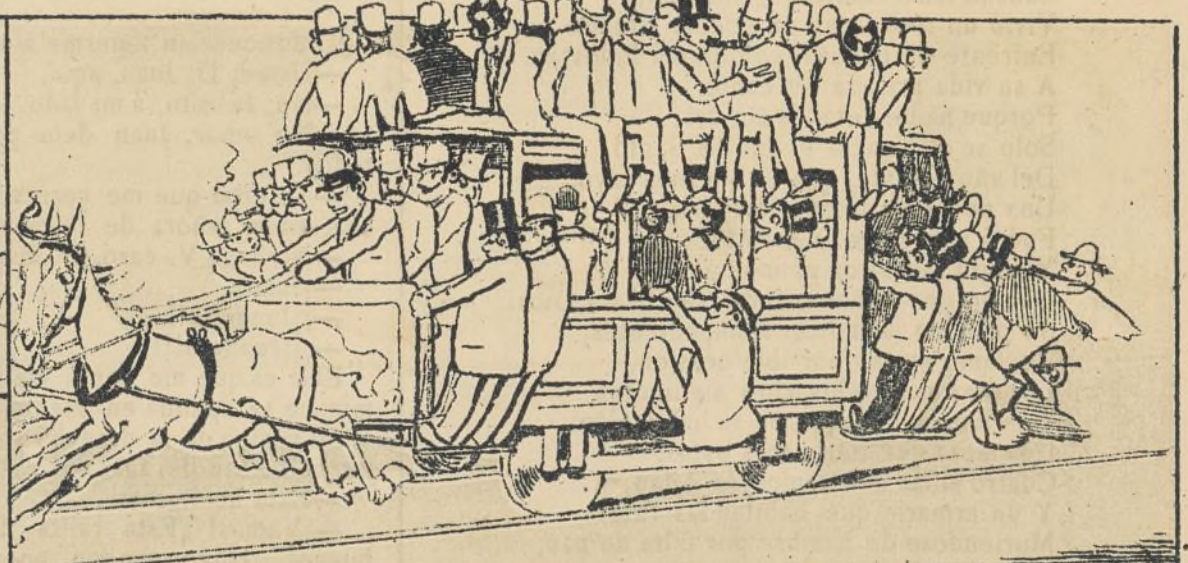
Algunos se desfondaban al solo peso de una persona.



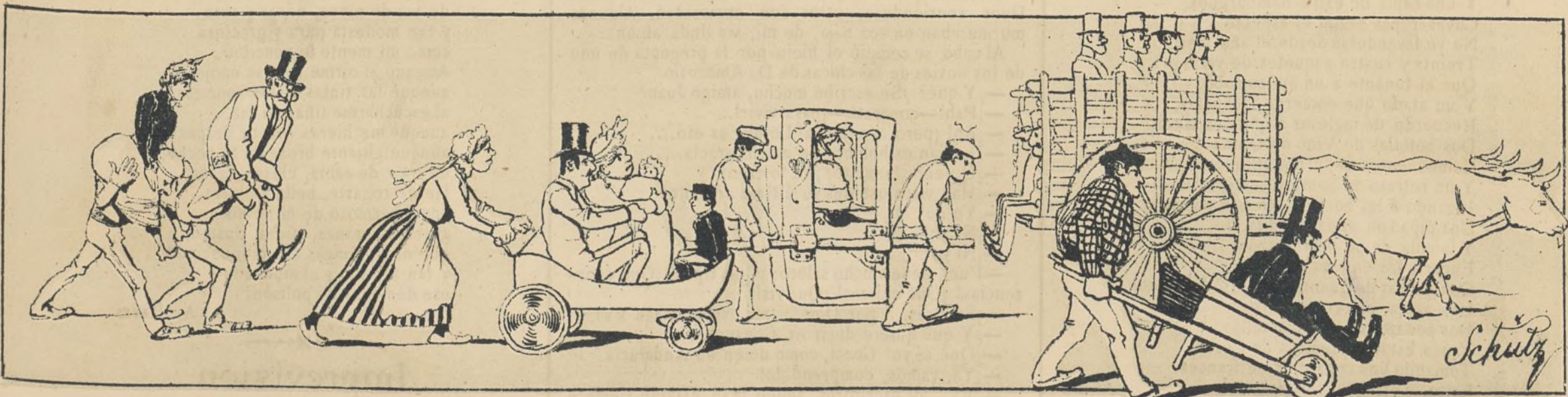
Un carro fúnebre, á falta de cochero, tuvo que hacer el viaje al Buceo, dirigido por el mismo cadáver que conducía.



Y una familia que precisó trasladarse en breve tiempo á las afueras de la ciudad, hizo tomar las riendas á la mucama.



La falta de coches, hace que los trenes se vean cuajados de pasajeros.



Pero si la huelga se prolonga mucho, los trenes no bastarán para conducir la gente, y veremos por las calles estos curiosos sistemas de locomoción á sangre.



—¿Y Luz?  
Aurora, contestó con voz ligeramente trémula:  
—La he perdido hace un instante!  
¡Al llegar aquí he notado que no me había seguido!  
¡Si los que nos persiguen dan ahora con ella, estamos perdidos!  
¡Ella puede guiarnos hasta aquí!  
Al oír esto, el hombre se puso intensamente pálido.  
¿Quién era ese hombre?  
¿Quién era esa mujer?  
¿Quién era la vieja?  
¿Quién había sido don Andrés?  
¿Quién era la galga?  
¿Qué interés contenían los papeles robados?  
¿Cuál fué el móvil del crimen?  
¿Qué casa era aquella?  
¿Qué horrible misterio encerraba la vida de Aurora?  
¿Qué se había hecho la perra?  
Es lo que, con otras muchas cosas, sabrá el curioso lector en el capítulo siguiente.

(Por Fernandez y Gonzalez, Ortega y Frias, Antonio de Pádua, Pérez Escribá, y otros de la secta de novelistas por entregas.)

SAMUEL BLIXEN

(Continuará.)



Un muchacho muy listo, llamado Sancho Rizo Convino y Sin-pan, Vivió un tiempo en un pueblo situado Enfrente de España, contiguo á Indostán. A su vida privada no canto Porque nadie detalles me dió, Solo se que nació el Juéves Santo Del año setenta, que en Viérnes cayó. Una noche de Otoño, muy fria, Fué á paseo con un tal Athós, Y cogió tan atroz pulmonia Que en una semana rindió su alma á Dios. Su padrino, don Juan Rompedientes, Reclamó en tan horrible ocasion, Los diez mil cachivaches siguientes Que fueron hallados en su habitacion: Una mesa que tiene tres patas, Cuatro sillas del tiempo de Adan, Y un armario que habitan las ratas Muriéndose de hambre por falta de pan; Una cómoda, que el bisabuelo En herencia á su abuelo dejó, Y una caja que guarda un pañuelo Que fué de la esposa del Rey que rabió, Un violín, que quizás fué perfecto, Y una cama de estilo hamburgués, Cuyas ropas segun el aspecto No vé lavanderas desde el año tres; Treinta y cuatro paquetes de velas Que el tunante á un amigo robó, Y un atado que encierra tachuelas, Recuerdo de ingleses á quienes clavó; Dos botellas de Vino de Quina Componentes de su botiquin, Y un retrato de Santa Agustina Jugando á las bochas con San Agustin; Una pipa con agua bendita, Y la cola de un perro rabón, Encerradas en una cajita Con un par de guantes que usó Napoleon, Una aguja, catorce alfileres, Dos pedazos de pan marsellés, Y una estatua preciosa de Céres Tomando una copa de vino francés. Estos, y otros no relacionados Por el pésimo estado en que están, Constituyen los bienes dejados Por don Sancho Rizo Convino y Sin-pan.

JOHN BULL

## El escritor cómico

En fin, tanto me rogaron, tanto insistieron, tanto porfiaron, tal cúmulo de observaciones descargaron sobre mí, que accedí á que me presentaran en casa de D. Ambrosio.

Hay gentes (de quien he de hablar á ustedes un día que tenga ocasión) que parece no han traido más misión al mundo que la de hacer cadena social, es decir, la de eslabonar unas personas á otras por medio de las presentaciones.

Dos amigos ociosos se habían comprometido á llevarme á comer á casa de D. Ambrosio.

Según pude después colegir. D. Ambrosio y la señora de D. Ambrosio y las niñas casaderas de D. Ambrosio, habían corrido la voz entre sus amigos y vecinos de que aquel día tenían á su mesa á comer al celebrado escritor cómico D. Juan del Poyo; así es que entre invitados, familia, presentadores y presentado nos sentaríamos á la mesa su docena de personas, llamando personas aun á los que menos muestras daban de serlo.

La presentación fué para mí lo violenta que lo son todas, y para aquellos señores motivo de curiosidad y extrañeza; pude sorprender algunas frases que indicaban la impresión producida en algunos:

—¡Yo creía que era mas alto!  
—¡Yo me lo figuraba de mas edad!  
—¡A mí se me había metido en la cabeza que era mas jóven!  
—¡Pues lo que es á la naturaleza no tiene mucho que agradecerle!

La señora de la casa era la mas benévola para juzgarme.

Me miraba y se sonreía como si viera en mi cara escrito alguno de los artículos que entonces me dieron á conocer. Me parecía que en su interior se decía ella: «¿Cómo nos vamos á reír hoy con este hombre!»

Yo estaba atortolado, violento, aburrido, perplejo. No sabía qué hacer, ni qué decir, ni á quién mirar. Me encontraba fuera de mi elemento, de mi familia, de mis amigos, y poco á poco se apoderaba de mí un mal humor indefinible.

Al cabo la señora de la casa dió la voz de ¡señores, á la mesa! y nos dirigimos al comedor.



Todos querían tenerme á su lado.

—Usted, D. Juan, aquí.  
—No, Juanito, á mi lado.  
—No señor, Juan debe ponerse donde le veamos todos.

—Yo creo que me corresponde tenerle á mi derecha, como señora de la casa.

—No haga V. caso, D. Juan, venga V. aquí.

—¡Juan!  
—¡¡Juancito!!  
—¡¡¡Juanete!!!

Ello es que me senté no sé donde, y que dió comienzo la comida en medio de un silencio sepulcral.

Mi vecino de la derecha y mi vecina de la izquierda me colmaban de agasajos.

—Esta aceitunita.  
—¡Vamos! ¡Esta rajita de salchichon! ¡Es muy bueno! ¡Hoy venden unos salchichones!... Pero éste.....

—¡Mas vino, D. Juan, mas vino!...  
—Parece que está V. triste...  
—¿Yo? no señora, ¡no faltaba mas!

Y volvía á reinar el silencio. Todos me miraban. Unos sonriéndose, otros con curiosidad. Algunos murmuraban en voz baja, de mí, sin duda alguna.

Al cabo se rompió el hielo por la pregunta de uno de los novios de las chicas de D. Ambrosio.

—¿Y qué? ¿Se escribe mucho, amigo Juan?  
—¡Psh!—contesté—¡para vivir!...

—¡Ah! ¡pero con gracia! Lo que es eso...  
—D. Juan es hombre de mucha gracia...  
—¿Quién? ¿Juancito? ¿Ya lo creo!

—¿Han visto ustedes su último artículo?  
—¡Yo no!  
—¡Ni yo!  
—¡Ni yo!

—Pues tiene mucho salero. ¡Qué tipos! ¡Qué ocurrencias! ¡Qué chistes! ¡Qué vis!

—¡Señores... por Dios... me avergüenzan VV!  
—¿Y qué quiere decir vis, Consuelito?  
—¡Qué sé yo! Guasa, como dicen en Andalucía.

—¡Ya, vamos, comprendido!  
—¡VV., los escritores, amigo Juan, estarán siempre de buen humor!

—¡Al lado de VV. no habrá nadie triste!  
—¡Siempre de broma! ¡Siempre diciendo ocurrencias!

—Señora, á veces crea V. que no está la Magdalena para tafetanes.

(Carcajada general).  
—¡Ay! ¡Qué salero tiene! ¡Dice que no está siempre para tafetanes!

—¡Qué chispa!  
—¡Qué talento!

—Y vamos á ver. ¿Cómo se las componen VV. para escribir? ¿Qué hacen?

—Pues, mire V., cogemos papel... y pluma....

—Ya, vamos, ya! Pero yo pregunto cómo sacan VV. las ocurrencias.

—Quiere decir Lola que si copian VV. de algun libro las ocurrencias.

—Según. Unos si y otros nó.

—¡Ya! ¡Vamos, ya!

—¡Ah! ¡Ya, ya!

(Nuevo silencio.—Pausa.—A mis oídos llega esta frase: «Pues yo, francamente, no le veo la chispa.»)

—Y ahora, Juan, ¿qué trae V. entre manos?

—¿Ahora? Un muslo de gallina asada; pero un poco dura.

(Carcajada general).

—¡Ay! ¡Qué hombre estel!

—¡Qué gracia tiene!

—¡Jesús, que chispa!

—Haga V. el favor de callarse, que voy á reventar de risa, y me hará daño la comida.

¡Había yo dicho un chiste sin saberlo!

Como tras del Carlón vino el Jerez, y luego el anís y no sé qué otros menjurges, las cabezas se trastornaron y al llegar al café (que por cierto sabía á perol más que á Moka) todos se fijaban en mí, todos me hablaban, las niñas de D. Ambrosio me echaban miradas entre tiernas y melancólicas, la señora me daba codazos para llamar mi atención, y los amigos y vecinos me hacían consultas sobre mis opiniones, ó sobre mis gustos literarios.

—¿Y V., por qué no se casa, Juan?

—Vamos, Juan, no seas perezoso. Léenos algo.

—¡Eso, eso! ¡Que leal!

—O que recite alguna cosa.

—O que diga alguna gracia.

—Sí, hombre, sí.

—¡No se haga usted el chiquito!

—¡Qué modestia, ni qué calabazas!

—Vamos, háganos usted reír!

—Si no, ¿para qué ha venido usted?

No pude más.

—Me levanté con un pretexto tan indispensable como poco fácil de expresar, y cogiendo capa y sombrero, gané la puerta y bajé de cuatro en cuatro los escalones, huyendo de aquella gente que me había obsequiado con el único fin de que yo les divirtiera.

No les guardo rencor, en honor de la verdad.

¡Son tantos los que creen que el escritor cómico vive en alegría perpétua!

¡Ay! ¡¡Ojalá!!

M. M.



## Un ruego

Niña hechicera de esbelto talle como la palma que allá en el valle su alta cimera nunca abatió, de tez de nieve, nácar y rosa y tan modesta pura y graciosa como mi mente te concibió. Aunque al oírme sientas enojos, aunque las tintas de los sonrojos, al escucharme tiñan tu faz, aunque me hieras con tu despecho, aunque gigante brote en tu pecho, de ira y de rabia, chispa fugaz, He de rogarte, bella Dolores, ángel hermoso de mis amores, grata esperanza, dicha, ilusión, que no te pongas tan pronunciado y tan torcido y almidonado ese demonio de polisón.

A. REYES

## Imprevisión

—Voy á la feria, Maruja.  
—Tráeme unas ligas de seda

Parte el mozo, llega un carro  
y á la Maruja atropella,  
pasando por sus rodillas  
las claveteadas ruedas.

Cuando vé la niña al mozo  
que de la feria regresa,  
con lágrimas en los ojos  
le dice de esta manera:

—Si un poco adelanta el carro  
ó atrasa un poco la feria,  
al encargarte las ligas  
te encargo también las piernas.

R BUENO



TEATROS

Debido á una repentina indisposicion del cronista *Caliban*, me veo obligado á ocupar su puesto y los lectores á soportarme, aunque bien pueden consolarse, pensando que ya no me sufrirán mas.

Voy á hablarles á Vds. de teatros. Mucha atencion, pues, porque el tema es importante y nuevo.

Empiezo mi disertacion... escrita.

Ya sabrán Vds. que tenemos en

el Politeama un *terceto* de funciones extraordinarias y de gala.

Creo que no necesito explicar á Vds. lo que significa un extraordinario.

Bastará decirles que es algo así como si las acciones de la Compañía Nacional se pusieran á la par, ó como si el Senador Freire se declarase opositor al Gobierno.

En cuanto á las funciones de gala, creo que la definicion mas exacta es esta:

«Son de aquellas funciones en que se toca el himno nacional y en que los espectadores están obligados á sacarse el sombrero... si lo tienen puesto.»

Hecho con doble explicación, agregaré que, en las tres funciones, cantarán respectivamente, el tenor Oxilia, el baritono Kaschmann, la Gini, la Condé y otros artistas de mérito.

En San Felipe los aficionados á la buena zarzuela tienen ocasion de llenar el gusto con la excelente compañía que allí trabaja.

Hay en esa compañía artistas de reconocido mérito. El repertorio es variado y selecto.

Así se explica el éxito con que ha trabajado y sigue trabajando esa compañía.

En el teatro Cibils se estrena la orquesta húngara, que viene precedida de fama universal, confirmada plenamente en los conciertos que ha dado en la ciudad vecina y en los dos que lleva dados aquí.

Y no hablo de otros centros de diversion, porque calculo que con los señalados, tienen ustedes cómo y donde elegir.

Y aquí termino la presente crónica, asegurando á ustedes que es la primera vez que me ocupo de teatros y de música.

Para ser primerizo, no lo he hecho mal del todo. Así lo creo, al menos.

Si ustedes creen otra cosa, háganme el favor de reservar su opinion.

Hasta nunca!

COLIBIN.



Cuéntalo

Parlero huésped de mansión dorada,  
De nuestro amor testigo no esquivado,  
Lirio de plumas, grano de oro alado,  
Risueño trovador de lengua arpada;

No importa que investigue tu mirada  
Del amor el momento más buscado,  
Ni que el beso escondido y regalado  
Publiques en tu música acordada.

Atiende, observa, escucha, sé indiscreto,  
Haz que tu trino el tímpano taladre,  
Y cuanto has visto, canta noche y día.

Por nosotros no guardes el secreto,  
Cuéntaselo á tu padre y á tu madre,  
Y, si la tienes, cuéntalo á tu tia.

D. DUQUE

PARA ELLAS



Con este título vamos á publicar desde el número próximo, una breve, pero interesante revista de modas.

En ella hará Schütz de modisto, con la pluma, presentando los últimos figurines que se reciban de Paris.

*Mad. Polisoné*, seudónimo con que se firmará una inteligente colaboradora, cuyo concurso hemos adquirido para esta seccion especial, explicará en frase sencilla y en la elegante forma que

es peculiar á sus escritos, el género y adornos con que deberán confeccionarse los trajes representados en los figurines.

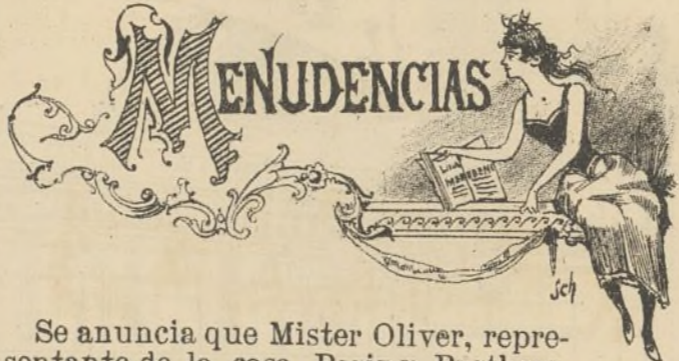
Como el título de la seccion lo indica, no se ocupará más que de las modas femeninas.

A los hombres, es inútil estimularles para que se hagan ropa á la moda, porque en seguida la empuñan.

La mejor seccion para ellos, sería una que indicase los establecimientos de crédito que dan dinero sobre sueldos.

Es cuanto tenemos que decir por hoy en esta seccion.

No dirán nuestras lectoras que somos indiferentes á la galantería que nos dispensan leyendo nuestro semanario.



Se anuncia que Mister Oliver, representante de la casa Baring Brothers, ha embarcado en el vapor *Hevelius* con destino á este puerto.

*Hevelius* fué un gran astrónomo inglés y puede que, á intento, haya elegido mister Oliver el vapor de ese nombre para aprender algo de astronomía y estudiar bien nuestros horizontes.

Solo falta que, por contagio, nos pase á nosotros sus aficiones astronómicas y nos deje mirando las estrellas.

Por de pronto, saludemos la llegada de Mister Oliver, con esta cancion:

*Ni contigo ni sin tí,  
mis males tienen remedio,  
contigo, por lo que cobras,  
sin tí, por que no hay dinero.*

En la Plaza Constitución se abrió anoche un establecimiento con el nombre de *Café Latino*. ¡Será una protesta contra el proyecto de *Melian Lafinur*!

Si lo es, mas propio sería llamar á ese establecimiento *Café-Anti-melian-lafinurico*.

Lo que no impediría que la infusion del Moka tuviese olor de café y olor de santidad, que es lo que se proponen, por lo visto, los dueños del establecimiento.

Está sana y contenta Basilisa  
porque toma infusion de *hierba-luisa*,  
y está gorda y robusta Filomena  
porque toma infusion de *hierba-buena*.  
Esto es prueba patente  
de que á veces, la hierba es conveniente.

En la semana próxima se pondrá á la venta *Cobre Viejo* coleccion de articulos de nuestro buen amigo y colaborador Samuel Blixén.

Con decir que para nosotros quisiéramos el talento que revela en *Cobre Viejo* su autor, está hecha nuestra recomendacion.

Cuanto á la parte tipográfica, puede servir de modelo en el arte. Es un nuevo título para la fama que gozan los talleres de Vazquez Cores, Dornaleche y Reyes.

Y á propósito de Blixén ¿que les ha parecido el segundo capítulo de *Por seguir á un galgo*? ¿Verdad que si no fuera hecho con tinta se le comerian?

Mañana cumple tres años de existencia el Banco Nacional.

¡Mala centella caiga sobre sus billetes!

Reñian en la oficina  
dos escribientes pelambres  
y el jefe, buena persona,  
procuraba apaciguarles.

—¡Usted es un bruto de marca!  
—¡Yo bruto? ¡Si aqui no hay nadie mas bruto que usted!

—Silencio!—

gritó el jefe adelantándose.

—¡Tengan ustedes en cuenta, señores, que estoy delante!

Ya sabrán ustedes que Tamagno no canta este año en Montevideo.

¡Ante ciertas desgracias, se comprende el suicidio!

Esta semana han entrado en turno de falsificacion las libras esterlinas.

Ya era hora de que los falsificadores volvieran por su dignidad; por que eso de falsificar títulos de la Compañía Nacional y Billetes del Banco, francamente, era un deshonor para la industria.

Desde el día 1.º de Setiembre, las empresas de trenes, cobrarán á oro el precio de los pasajes.

La verdad es que cobrando, á papel, como hasta ahora lo han hecho, le salian muy baratos los descarrilamientos al pasajero.

¡Vamos en camino de reconciliarnos con las empresas de trenes!

Antolin Maturango, andaba estos dias muy preocupado buscando un cuarto bajo apropiado para instalar en él un almacen de quincaillería.

Por suerte, tropezó con un amigo que está siempre al corriente de esas cosas.

—Hombre, vienes como anillo al dedo. ¿Sabes algo de un bajo bueno?

—Ya lo creo.

—¿Cuántas piezas tiene?

—¡Caracoles!

—Caracoles, no; piezas. Lo necesito para almacen.

—¡Ah! ¡Yo creí que buscabas á Arimondi!

Llamamos á ustedes la atencion sobre la primera parte de nuestro *Zig-zag*.

Les conviene mucho saber lo que en ella se dice.

Y á nosotros, cobrarlo.



M. C.—Colonia—El jueves se remitieron los números pedidos. Por la crónica que aparece en este, verá que las suscripciones de Agosto y las que se hagan en lo sucesivo se pagarán en moneda cristiana, ó sea en oro.

J. B.—Fray-Bentos—Se le anotó como suscriptor por el tiempo que ha pedido. Con su carta recibimos el dinero, es decir, esos papeles que han dado en decir que son dinero. Preparé oro para otra vez.

F. R.—San Gregorio—Recibido su giro postal y cobrado, por mas señas, en prevision de una muerte repentina. Llamo su atencion sobre lo que le digo á M. C. de la Colonia.

R. y N.—Porongos—Mandé los cinco números. Pida mas, si quiere que se le adore en esta administracion.

M. C.—Paysandú—Se sirvió el pedido sin el primer número porque hay que reimprimirle. Fijese en la clase de moneda que hemos pensado admitir. El papel ensuciaba mucho las manos.

P. S. M.—San Salvador—Le agregamos á la familia.

Mas le prevengo, señor,  
que si no me hace el favor  
de pagar como se advierte  
en la respuesta anterior,  
no me salva de la muerte  
ni el mismo San Salvador.

A.—Montevideo—Me tiene V. loco con su máquina de hacer jabones. ¿Quiere V. dejarse de... enjabonar?

Satiro—Montevideo—En el número próximo publicaré su articulo. ¡No le parece que se podía suprimir la dedicatoria? Yo creo que sí.

Parlanchin—Montevideo—¿Dónde está el chiste? Me precio de tener buena vista, y le aseguro que, por más que he mirado y remirado, hasta por los rincones del sobre, no le he visto. ¡Por Dios, esas cosas no se mandan!

Sancho Panza—Montevideo—

«Quisiera morirme  
por no sufrir, ¡oh, Encarnacion! tus desdenes»

Francamente, si ha de vivir V. para hacer estos versos, más vale que se lo lleve Dios de una vez.

ESPECTÁCULOS PARA HOY

NUEVO POLITEAMA—(Compañía de ópera italiana)—  
LUCIA DI LAMMERMOOR,  
SAN FELIPE—(Compañía de zarzuela española)—EL  
ANILLO DE HIERRO, LA GRAN VIA,  
CIBILS—Gran concierto por la ORQUESTA HÚNGARA,  
bajo la direccion de Kiss Jancsi.



**JAIME MAESO**

URUGUAY 99

Su martillo ha demostrado que, de todos los que hay, es el mas afortunado, pues con él ha rematado la mitad del Uruguay.

**EL UNIVERSAL**

25 de Mayo esquina Cámaras

Hace calzado á medida, á unos precios muy baratos, y es la casa preferida, por ser la mejor surtida en botines y zapatos.

**BAZAR NACIONAL**

SARANDÍ 347

Para hacer un buen regalo véte á Sierra sin dudar, porque Sierra, en su Bazar, nunca tuvo nada malo.

**LA BODEGA**

ZABALA 95

Si te dice un bebedor que en la casa de Orejuela no existe el vino mejor, le puedes decir, lector, que se lo cuente á su abuela.

**AL FIGARO**

Peluquería

18 DE JULIO NÚM. 5

Nadie á pelar le aventaja, y afeitando es tan artista, que al filo de su navaja no hay pelo que se resista.

**LUIS A. CARRARO**

Zabala 154

Llevó el martillo á Maeso, en campaña provechosa y no les digo otra cosa, porque es bastante con eso.

**SUÑER Y CAPDEVILA**

Uruguay 178

Es un médico especial, de quien diría cualquiera que ha encontrado la manera de hacer al hombre inmortal.

**FITZ-PATRICK**

Fotografía Inglesa

Rincon 176

Fotografía especial, en que se copia á la gente, tan perfectísimamente, que parece natural.

**FRANCISCA CAMPOS**

Misiones 118

Enseña el piano tan bien y la música tan pronto, que en tres meses al mas tonto, le convierte en Rubistén.

**LA CASA DE VINOS Y EL CAFÉ LATINO**

DE RICCI, BERNARDEZ Y C.<sup>as</sup>

Calle Ituzaingó núms. 165 á 169

(PLAZA CONSTITUCION)

**LA URGENTE**

Empresa de Encomiendas

CERRITO 207

La Empresa que te presento te ruego, lector, que atiendas, porque hace las encomiendas con la rapidez del viento.

**CONFITERIA MODELO**

Convencion 267

Con poco que quiera usted, desalojar el bolsillo, se dá facilmente el brillo de no caminar á pié.

**CONFITERIA DEL TELEGRAFO**

25 de Mayo 370

Pasteles y confitura y dulces de los mejores; en esta casa, señores, es todo vida y dulzura.

**LA INDUSTRIAL**

Treinta y Tres 216

El que rige La Industrial es, como saben, señores, el Capitan General, de nuestros rematadores.

**BRILLANTE SOL**

25 de Mayo 290

Reflejan con tanto brillo, y lanzan tan buena luz, que trastornan el sentido, como dijo un andaluz.

**EDUARDO ZORRILLA Y CA**

Ibicuy 257

Remata indistintamente, todo lo que el gremio abraza, pero muy especialmente, los animales de raza.

**GUITARRERIA ESPAÑOLA**

Rincon 286

Las hago tan españolas, y con tan buenas maderas, que acompañan ellas solas para cantar peteneras.

**CERVECERIA DE NIDING**

Asuncion (Aguada)

Me comprometo á probar que mejor que esta cerveza no la ha tomado Su Alteza, el Principe de Bismar.

**TUPI-NAMBÁ**

Buenos Aires frente á Solís

Nunca dijérir podrá con facilidad usted, sino toma del café que sirve el Tupi-Nambá.

**PRINCE & HILL**

Dentistas Norte-americanos

CÁMARAS 163

Gracias á los especiales estudios de Prince é Hill, pueden comer mas de mill, con sus dientes naturales.

**EL REVOLTIDO**

Bacacay 7

Se pueden lograr tres fines en esta casa, lector: beber bien, fumar mejor, y lustrarse los botines.